

deaba, que nos parecia vernos transportadas á un mundo de hadas y de encantos.

La tarde declinaba ya, y ántes de irnos á colocar en la fuente de Neptuno, donde iban á tener lugar los fuegos, quisimos visitar los jardines privados del Emperador y los Trianons que aun no habiamos recorrido; los primeros, son un verdadero eden en el que se han reunido todos los encantos de la naturaleza y la poesía: allí se ostentan siempre las mas finas y esmaltadas flores junto con el mármol de las estátuas y las cristalinas fuentes; en este sitio se respira el ambiente embalsamado por las flores, y el corazon se ensancha al verse rodeado de encantos y de perfumes.

Los Trianons son dos, el grande y el pequeño y se encuentran en el parque. En 1670, Luis XIV hizo construir un castillo pequeño, remplazado pronto por un palacio, hecho por Mau-sart, y al que hoy se dá el nombre del gran Trianon. Se compone de un solo piso, al parecer sin techo, y encierra gran número de pinturas de mérito, distribuidas en diversos salones. Una gran galeria lo une al Trianon Sous-Bois, en donde Luis Felipe hizo construir una elegante y cómoda Capilla.

El pequeño trianon, construido por Gabriel en 1766, no es mas que un sencillo pabellon poéticamente situado; Luis XVI obsequió con él á María Antonieta, que lo convirtió en su residencia favorita, siendo entónces teatro de tantos acontecimientos que no son desconocidos al lector.

Se halla situado en el centro del mas ameno y delicioso jardin; encierra un pequeño riachuelo, á cuya orilla se ven los mas preciosos árboles de las especies mas raras y poco conocidas: diseminadas con gracioso capricho, se ven tambien algunas ligeras y graciosas construcciones; un templo consagrado al amor, en cuyo seno está la estátua de Cupido de mármol de Carrara, rústicas cabañas, hermosos cenadores, asientos campestres, todo está allí reunido; posée este jardin una coleccion de las mas escogidas flores, y los apasionados á la horticultura encuentran un positivo placer en visitarlo.

Una vez recorridos los trianons, volvamos á las aguas y vamos ahora á bosquejar aunque muy ligeramente los preciosos juegos de Versailles.

Nunca podrá la pluma presentar su hermoso colorido, su efecto sorprendente, y esa obra maravillosa, pero al ménos daremos de ellos una pá-

lida idea. Eran las cuatro y media cuando un tumulto se detenía; ó mas bien dirijíase á las grandes fuentes, cuyas aguas solo se sueltan por la tarde; inmenso era el tropel que avanzaba á contemplarlas. La féria quedábase enteramente desierta y todos con grande agitacion marchaban hácia los jardines para tomar el mejor puesto.

La animacion era verdaderamente extraordinaria, nosotras caminábamos tambien con mucha prisa entre esa inmensa multitud, por fin llegamos.

¡Que espectáculo tan asombroso se presentó ante nuestra vista! ánte todo, nos dirijimos entre el tumulto á la gran fuente de Neptuno, y quedamos pasmadas de admiracion; jamás habíamos visto ni imaginado una cosa semejante: qué conjunto tan maravilloso presenta esa fuente en el momento en que brilla en el espacio su agua pura y cristalina. Es algo mágico lo que las aguas de Versailles nos presentan.

Figúrese el lector mil distintos tubos, colocados en diversas direcciones con un impulso tan extraordinario, que se elevaba el agua á una altura considerable; todos aquellos dragones que hemos mencionado hallábanse en el centro de la gran fuente, tenian la boca elevada hácia la estatua de Neptuno, y allí era en donde iba á parar

el agua abundante que de ellos salía; hermosa al subir, enlazábase un chorro con otro, y formando las mas bellas figuras entre las que se veían bouquets de hermosas flores, presentando un hermoso aspecto que no podia contemplarse sin admiracion.

Los dos grupos laterales hacian un efecto admirable, y de los dos otros dioses elevábase un grandísimo chorro de agua á una altura tal, que casi perdiase de vista.

¡Oh! cómo se recreaba uno contemplando tan hermoso y poético panorama. La estatua de Neptuno, bañada de aguas por todas partes, parecia encerrada en un gran nicho de cristal. Es inútil querer describir ciertas cosas: para poderse formar una idea de ellas es preciso verlas; porque aquello es á la verdad sublime, asombroso.

La fuente de Neptuno es la mayor y mejor de las que posee Versailles; nos habíamos detenido algun tiempo en contemplarla. Al rededor de la glorietta en que se hallaba colocada, habia multitud de asientos para mayor comodidad de las personas que deseasen permanecer allí, mediante una módica retribucion. Nosotras nos propusimos desde luego ser de este número, pero antes quisimos ver las demás fuentes y juegos de agua, y así lo hicimos en efecto, las recorrimos todas

umentando á medida que las veíamos nuestra admiración. Verdad es que la fuente principal sobrepuja en hermosura á todas las demás, pero no por eso dejaban de tener las otras su encanto particular.

Ya se nos mostraba á la vista una preciosa parra llena de flores, formada por supuesto por las mismas aguas, ya otra presentaba la figura de una hermosa jaula con una pequeña estatua dentro, en otra unas preciosas cascadas hacían lucir en buen declive la caída de las aguas.

Estos diversos juegos de agua no se encontraban todos reunidos, sino caprichosamente repartidos; uno de ellos lo contemplamos en el centro de una pequeña glorieta, otro allá en medio de verdes y frondosas hojas, oculto en un ameno bosquecito, éste daba principio á una hermosa avenida, aquél regaba las flores exquisitas que tenía á sus pies, pero todos presentaban algo nuevo que admirar, algo que de un modo particular atraía la atención del que lo contemplaba.

En la visita de las otras fuentes gastamos más de una hora, porque ante cada una de ellas nos deteníamos largo rato, sin dejar pasar ninguna desapercibida, sino prestando nuestra atención á todo: esto nos tenía ya muy fatigadas y ansiábamos por encontrar asiento; con este objeto nos

encaminamos de nuevo á la gran fuente de Neptuno; pero ¡oh desgracia! en vano recorrimos la gran glorieta en todas direcciones, no había quedado ya una sola silla vacía, porque era indescriptible el numeroso conjunto de personas que allí había reunidas, y que por completo se habían apoderado de todos los asientos. Esto no pudo ménos que sernos en extremo sensible, nos hallábamos muy cansadas, no nos era ya posible mantenernos en pié, rogamos á uno de los dueños de las sillas que nos consiguiese una media docena, prometiéndole serían bien pagadas.

El dinero tiene el poder de allanar casi todas las dificultades, pronto tuvimos sillas y nos colocamos en ellas, este fué uno de los días en que más hemos gustado del descanso, ¡que placer experimentamos, nos considerábamos felices, de tener esas sillas de paja donde poder descansar de nuestras fatigas!

Las sombras de la noche envolvieron ya por completo la tierra, la gran glorieta, las colinas y las avenidas contiguas, todas se hallaban cubiertas de gente, era aquel un macizo tan compacto, que era imposible dar un solo paso, la claridad del gas que iluminaba el jardín nos dejaba ver aquel empedrado de cabezas humanas que nos rodeaba por doquier, la banda militar hacia reso-

nar en el espacio sus armonías, y por todas partes reinaba el placer y el alborozo; entre toda aquella multitud no se mostraba el menor desorden; todos se hallaban dispuestos á divertirse, y ninguno pensaba en hacer daño, ó en molestar á los demás.

A las ocho de la noche, un ramillete de las mas bellas luces nos hizo comprender que el momento de los fuegos habia llegado: nuestros ojos se fijaron entónces en la hermosa fuente; se hallaban jugando en aquel instante las grandes aguas, y el panorama era bellísimo; repentinamente todas aquellas seductoras figuras, que formaban al precipitarse en el cristal de las aguas, fueron tomando los mas hermosos colores; ya se presentaban á nuestra vista cual torrentes de esmeraldas, de turquesas y rubies; ya brillaban cual zafiros y diamantes. ¡Aquello era ideal, fantástico! todas las miradas estaban fijas y absortas en la gran fuente, que sufría en un instante las transformaciones mas asombrosas.

Serian las nueve de la noche, cuando un espectáculo seductor, un cuadro realmente mágico, sorprendente arrancó un ¡ay! de admiración á todos los pechos. Del seno mismo de las aguas parecían salir torrentes de fuego, que formaban las figuras mas caprichosas y complicadas; figúrese

el lector contemplar multitud de edificios y figuras doradas; al lado de estos torrentes de fuego se precipitaban los juegos de la fuente, y este conjunto formaba el cuadro mas bello y asombroso; no hay frases con que ponderarlo, nó, es inútil; en vano nuestra pluma trataría de querer describir tan celestial panorama, hay cuadros inimitables ante los cuales se estrella el arte y la elocuencia; ante ellos se desprende el pincel de la mano del artista, la lengua enmudece en los labios del orador, la pluma permanece inerte entre los dedos del escritor..... Porque hay prodigios que no pueden imitarse, que no se pueden describir, y que no deben bosquejarse, comprendiendo que es preferible callar.

Guardamos en ese instante silencio, y dejamos á la consideracion del lector toda la belleza y la magnificencia del mágico espectáculo que se extendía ante nuestra vista.

Serian las nueve y media cuando los fuegos terminaron, el último tren de Versalles salía á las diez, y ya tan sólo media hora faltaba; cuando la última luz dejó de brillar en el cristal de las aguas, todos abandonaron sus puestos, y aquella masa humana comenzó semejante á un torrente desbordado á precipitarse por las calles y avenidas del jardin, aquello era interminable; la

multitud cada vez se hacia mas compacta, las puertas de fierro, que se hallaban en la reja, no podian contener la masa de gente que a ellas se agrupaba, y la salida era impracticable para nosotras.

Reinaba entónces el mayor desórden; la muchedumbre se agolpaba para salir, y llegaban hasta nosotras los gritos de confusion y de angustia.

Una desgracia habria sido muy fácil en medio de aquel tropel, y papá no quiso exponernos; permanecimos pues en un lugar apartado de la multitud y distante de la puerta.

El tiempo trascurria y la partida del tren se aproximaba ya, nuestra angustia por momentos aumentaba: permanecer aquella noche en Versalles era terrible, regresar á Paris nos parecia imposible; en estas reflexiones nos hallábamos, cuando á través de los árboles que formaban verja á la avenida, nos pareció descubrir una luz que avanzaba hácia nosotras; era en efecto un hombre que con un farol en la mano, atravesaba aquella vereda oscura; al verlo papá lo detuvo, y le preguntó si era posible salir por aquel punto del jardin, el desconocido dijo que sí tenia una puerta excusada, pero que no era permitido que niuguno pasase por allí; que además la senda era

muy estrecha, que allí se hallaban todos los conductores eléctricos que habian servido para los fuegos, que podiamos tropezar con alguno y causar una explosion. Papá insistió sin embargo en que nos sacase por aquel sitio, y como el dinero tiene el poder, como dijimos ántes, de allanar la mayor parte de las dificultades, mediante una buena recompensa el individuo aquel se comprometió á sacarnos por aquel lugar excusado. Llegamos á un punto, en el que habia una pequeña puerta, nos fué ésta abierta y penetramos en la estrecha vereda; era en realidad molesto y peligroso el camino; por todas partes nos rodeaban los tubos eléctricos, y con gran cuidado atravesamos aquella senda excusada á todos los transeuntes.

A los cinco minutos nos hallábamos fuera del jardin: allí descubrimos el tumulto que se agolpaba en las puertas y dimos gracias al Eterno de vernos libres de aquella multitud; dió papá su buena gratificacion al que nos habia sacado, y tomando violentamente un carruaje nos trasladamos á la estacion.

Habia ya en ella un concurso inmenso; pero el tren no habia salido aún; no sin trabajo y sin vencer algunas dificultades, logramos penetrar y tomar los billetes; cuando lo hubimos logrado, nos

dirijimos al tren, que estaba enteramente lleno; habló papá entónces con el director, que al saber con quien trataba, nos proporcionó un wagon en el que nos colocamos con gran comodidad; acabábamos de sentarnos cuando se dió la primera señal de partida, la agitacion creció entónces en la estacion, todos corrian asomando las cabezas por las portezuelas de los wagones buscando un lugar para colocarse; tres minutos despues sonó la segunda campanada, la multitud que se hallaba fuera de la reja comenzó á arrojar gritos de rabia, y á pedir que se detuviese el tren; pero éste sin atender á sus clamores partió a la tercera señal, y poco despues de las once nos hallábamos en París, porque el tren habia retardado su hora de partida.

Cuando nos vimos en la gran capital apenas pudimos creerlo; descendimos en la estacion y subimos á unos carruajes que nos condujeron al hotel de Louvre.

Apénas llegamos nos dirijimos al restaurant donde se nos sirvió una buena cena, pues desde el medio dia nos habia sido imposible comer de nuevo, y sólo nos habiamos entretenido con plaisir (barquillos) y otras golosinas que nos habian comprado en el jardin: aquella noche nos hallá-
bamos en extremo fatigadas, aquel dia habia si-

do muy agitado para nosotras, y nuestra mente, vivamente impresionada por las imágenes que la habian herido, nos representaba sin cesar los cuadros fantásticos y seductores que con tanto placer habiamos admirado.

Hay dias que se graban más que otros cuando se viaja; pues aun en medio de esa vida de variedad que tiene el viajero, algunos dias forman un paréntesis en la existencia; aquel domingo lo formó en la nuestra, porque hay impresiones que jamás se borran de nosotras, y sensaciones gratas que nunca pueden olvidarse.

Siempre en París esperábamos ansiosas los domingos, pues en aquellos dias se quebrantaba el órden de nuestra vida, porque trasladándonos al campo, allí recibíamos nuevas impresiones y se nos esperaban nuevas sorpresas y placeres.